



DOSSIER

ELSA LÓPEZ

JOSEFINA ALDECOA: LA PASIÓN DE ENSEÑAR

Josefina Rodríguez nace el 8 de marzo de 1926 en La Robla (León). Hija y nieta de maestra, aprendió a leer de la mano de su madre, maestra en un pueblo leonés escondido entre montañas. Su madre y su abuela participaban de la ideología del Instituto Libre de Enseñanza, institución que nació a finales del siglo XIX con idea de renovar la educación en España. En La República los maestros eran pieza clave del edificio político común. La enseñanza era un deber básico que el Estado debía asumir. En los años 30 existía el convencimiento de que sólo a través de la educación y del maestro se podría transformar la sociedad. Josefina hereda ese convencimiento:

“Yo no creo que haya que politizar a los niños. Creo que hay que educarlos para que sean libres. En cuanto a mí, respetaba y comprendía su actitud pero no me sentía capaz de secundarla. Mis sueños, vapuleados como estaban, aún eran los de siempre. Educar para la convivencia. Educar para adquirir conciencia de la justicia. Educar en la igualdad para que no se pierda un solo talento por falta de oportunidades.

En medio del terremoto que nos había sacudido, sólo los niños conservaban intacta la esperanza. Empecé a llevar a mi hija a las clases conmigo. La sentaba en la primera fila, entre las más pequeñas, y su presencia me confortaba. Por unas horas el círculo mágico se cerraba, aislado del mundo exterior. Juana y las niñas y yo habitábamos ese círculo dentro de cuyas barreras seguía siendo cierta la belleza del mundo. Una y otra vez percibía en los ojos absortos el esplendor de los descubrimientos.

“Las plantas se alimentan de la tierra. Los astros giran. Hay un mundo submarino apenas explorado. El hombre descubre el fuego, pinta las cuevas, aprende a cultivar la tierra”.

Los conocimientos que el hombre ha ido adquiriendo a través de los

siglos, el brillante juego del pensamiento, la dulce congoja de la sensibilidad. Todo fluía dentro del círculo. Luego, las puertas se abrían y otra vez, en la calle, esperaban la sombra de la tristeza y la amenaza del miedo.”

En la adolescencia forma parte del grupo literario (Nora, Cremer, G. De Lama) de la revista de poesía *Espadaña*. En 1944 Se traslada a Madrid donde estudia Filosofía y Letras. Se doctora en Pedagogía en 1950 con un trabajo sobre la relación infantil con el arte, tesis que luego publicaría con el título *El arte del niño* (1960). Durante sus años de estudio en la facultad entró en contacto con una serie de escritores que formarían parte de la Generación de los 50: Carmen Martín Gaité, Rafael Sánchez Ferlosio, Alfonso Sastre, Jesús Fernández Santos e Ignacio Aldecoa con el que se casará dos años más tarde y del que tomará el apellido tras enviudar en 1969. Carmen Martín Gaité cuenta en *Esperando el porvenir. Homenaje a Ignacio Aldecoa* (1994) cómo se conocieron Ignacio y Josefina:

“En otoño de 1950, Ignacio Aldecoa se encontró en el café Gijón con Josefina Rodríguez, a quien conocía de vista y trato ligero en la Facultad, como la conocíamos todos. Terminados sus estudios de Pedagogía, acababa de volver de Londres y Ámsterdam, cosa que fardaba mucho en aquel tiempo. Había leído a autores ingleses y americanos de los que aquí no se había oído hablar, como Faulkner y Truman Capote, estaba suscrita a la Casa Americana, donde siguió cursos de biblioteconomía y años atrás en León, su ciudad de origen, había tenido contactos con Victoriano Crémer y el grupo de poetas que fundó la revista *Espadaña*. Además se parecía muchísimo a Myrna Loy y hablaba –sigue hablando– con una de las voces de mujer más serenas y empastadas que se hayan conocido. Aquello Ignacio no lo pudo resistir. Parece que esa misma tarde le dijo que sin falta tenían que hacer juntos un viaje a Italia. No volvieron a separarse. Se casaron al año y medio, el 28 de marzo de 1952, en la ermita de San Antonio de la Florida. Por supuesto, sin tul ilusión. Con su traje sastre y su sombrerito blanco, Josefina parecía la protagonista de una película norteamericana.

Los invitados a la boda, que no éramos muchos, cruzamos la calle y subimos al apartamento alquilado donde vivieron los primeros años de su matrimonio, Paseo de la Florida 53, a orillas del río Manzanares, y allí nos estuvimos hasta bastante tarde todos juntos cantando y bebiendo vino. Desde las ventanas no se veía más que árboles y cielo.”

Josefina cuenta en el volumen biográfico *Los niños de la guerra* (Anaya, 1983) que Ignacio y ella nunca llegaron a ir a Italia.

“Te llevaré conmigo a Italia”, me dijo Ignacio el día en que nos conocimos. Estábamos en una taberna de la calle Augusto Figueroa tomando vinos con los amigos. Fue a la salida del Café Gijón, donde acababan de presentarnos, Sastre, Quinto, Ferlosio; en aquel diván que hay a la derecha, al fondo, bajo aquel espejo que, creo, sigue en el mismo sitio. Yo me reí y dije que sí. Luego discutimos mucho. No recuerdo de qué, pero se veía, se estaba demostrando que íbamos a discutir de todo. Porque no es posible que en el primer encuentro, en el desconocimiento de todavía cómo éramos y mucho menos de cómo íbamos a ser, discutiéramos así de un asunto cualquiera surgido casualmente, apasionados y violentos, aislados ya del resto.

Lo del viaje también me parece revelador, ahora, al calor del recuerdo. Porque los viajes iban a marcar nuestra vida. El proyecto de hacerlos, el deseo de proyectarlos, el sueño de desearlos.

Nunca fuimos a Italia juntos. Pero sí a la Sierra de Filabre, a Nueva Orleans, a Lequeitio, a la Costa Azul, a las Alpujarras, a Varsovia, a Galicia, a Nueva York, a Madrigal de las Altas Torres, a Ámsterdam... Viajamos juntos por los pueblos de España, por las ciudades del mundo y sobre todo por esos caminos a los que conduce la imaginación, por esos senderos que se entrecruzan en la literatura.

El gusto por la palabra la crítica de los gustos, el análisis de las situaciones, el acuerdo y el desacuerdo, todo era una pasión, un juego, una interminable comunicación.

Solos o con amigos, la noche se extendía sin límites ante nuestra avidez por estrujarlo todo, por extraer el jugo de todo, añadirle miel o limón, paladearlo luego, beberlo, compartirlo, a lentos sorbos. El humo de los cigarrillos, el hielo de las copas, la exaltación de la charla y una sola palabra tachada de vocabulario: aburrimiento.

Luego la convivencia inventada cada día, cultivada, conquistada, la enriquecedora convivencia.

De Ignacio aprendí a ser flexible, a gozar de los grandes momentos, a apresar los instantes fugaces, a gastar la vida sin miedo, a saber que la existencia es breve aunque la gente lo ignora y piensa que va a vivir mil años.

Por Ignacio supe que la amistad es la primera de las necesidades, la generosidad el mejor de los vicios, la literatura la más importante razón de existir.

Con Ignacio descubrí el mar y cómo navegarlo ligero de equipaje. Cuando murió Ignacio comprendí que mi vida con él había sido un privilegio y un regalo, la vida más intensa e irreplicable que hubiera podido caberme en suerte.

También me di cuenta de que todo escritor es inmortal. Porque cuando

todos los que conocimos y amamos a Ignacio hayamos desaparecido, cuando su hija y los hijos de su hija desaparezcán, habrá alguien que al leer un libro suyo participe de lo que él sentía y pensaba y era. Alguien que vuelva a vivir el dolor y la resignación, el valor y la angustia de ser hombre que se desprende de su literatura. Y lo viva compartiéndolos con él. Como a él le gustaba.”

Al hablar con Josefina se hacía inevitable hablar de Ignacio Aldecoa y cómo el amor y la personalidad de Ignacio habían marcado su vida. Hablar con ella era volver una y otra vez a la figura de Ignacio. Sé que no le importaba hacerlo, al contrario, ella también participaba de esa imagen mítica que todos los que le conocíamos teníamos de él. Una imagen dorada de lo mítico. Doblemente mítico para una persona como yo que amaba el mar y no acababa nunca de pertenecer a nada. Por eso me gustaba estar con ella y volver una y otra vez a recordar aquellas interminables tertulias en un bar de copas de la calle Sagasta donde pasaban horas y horas hablando de cine y de política. Allí los conocí una tarde a mediados de los años 60. Acababa de regresar de Suiza y era novia del que luego sería mi marido, Ángel Fernández-Santos. Josefina, Ignacio, Jesús Fernández Santos (todos creían que Ángel y él eran hermanos pero les separaba un guión que venía a sustituir al “de los” de Ángel) y un largo etcétera de novelistas, dramaturgos y críticos de cine se iban turnando en aquellas tertulias. Muchos de ellos fueron retratados por Josefina años más tarde en *Los niños de la guerra* (Anaya Madrid 1983): Jesús Fernández Santos, Carmen Martín Gaité, Rafael Sánchez Ferlosio, Rafael Azcona, José Manuel Caballero Bonald, Ana María Matute y muchos otros que iban y venían de Barcelona, Sevilla, Bilbao, Canarias... Amigos que nos traían noticias, cambios, revuelos y esperanzas.

A veces caminábamos por Madrid y acabábamos sentados en aquel bar en un pequeño sofá de hule verde que había pegado a la pared. Allí descubríamos otros paisajes y hablábamos del mundo que no nos dejaban vivir y que lo hacíamos nuestro a pesar de todo: Sartre, París, Simone de Beauvoir... Yo no hablaba casi. Escuchaba y aprendía, sobre todo de Josefina que era discutiadora y vibrante. Sus palabras sobre pedagogía o sobre ética me parecían claves para entender el proceso que ellos requerían para que se produjera un cambio en España. En aquel bar, en la mesa de la esquina según se bajaba a la derecha, el mundo se hacía pequeño y abarcable y más fácil de entender para quien, como yo, había comenzado una carrera en la enseñanza en un colegio que tanto tenía que ver con los ideales pedagógicos de Josefina. Por aquella época yo era profesora en el Colegio Estudio, heredero del Instituto Escuela y de la Institución Libre de Enseñanza; lo más parecido a sus sueños de formar un equipo de educadores

para el colegio que había fundado y dirigía en Madrid desde 1959, el Colegio Estilo.

Situado en la zona de El Viso, el colegio Estilo nació inspirándose en las tesis pedagógicas de Josefina; en los colegios que había visto en Inglaterra y Estados Unidos y en las doctrinas de la Institución Libre de Enseñanza, ideas educativas derivadas del krausismo. En el libro *La enseñanza: hablando con J.R. Aldecoa*, una entrevista realizada por Francisco J. Satué y publicada en Madrid por la editorial Acento en 1993, encontramos la mayoría de estas aspiraciones pedagógicas; sus fundamentos; sus ideales como maestra y de cómo transmitirlos a sus alumnos. Porque la enseñanza para ella era un oficio, no un ejercicio. “La profesión es un ejercicio, el oficio es una pasión.” Solía decir. Y así lo confiesa en el prólogo de este libro:

“... Había rozado la magia de una profesión a la que he dedicado la mitad de mi vida... He tenido siempre clara la idea de la educación vivida en la escuela de la República, una época impregnada de los principios y las aportaciones de la Institución Libre de Enseñanza. Yo había vivido todo eso. Después influyó, naturalmente, mi formación personal, literaria, humana, filosófica y de todo tipo, que no dejaba lugar a dudas. Eso lo tenía claro. Lo que estaba experimentando al defender estos valores de una forma práctica, en relación con los niños, eran los modos de hacerlo... Al volver de Estados Unidos mi propósito fue abrir un jardín de infancia, una escuela. Eso fue entre 1958 y 1959, tras mi estancia en Nueva York. Yo venía muy animada con todo lo que había aprendido. Pero había otra razón”.

La razón se llamaba Susana, su hija. Tenía cinco años y Josefina se planteaba el tener que darle una educación en la que la personalidad de la niña no sufriera daño alguno. Ella era la verdadera inspiración de su proyecto. En la España de aquellos días, ¿dónde llevarla? ¿Dónde encontrar ese ámbito respetuoso con la personalidad propia del niño? Era evidente que no era una pregunta fácil de responder sobre todo teniendo en cuenta que la respuesta posible resultaba decepcionante, desalentadora. Muchos de sus amigos, escritores, pintores, artistas, pensaban lo mismo. Todos querían una educación liberal para sus hijos.

“Aquella situación era también la de mis amigos, gentes que en su mayoría creían en conceptos más liberales de la educación. Fue en ese jardín de infancia donde puse en práctica los métodos con que soñaba, la idea de hacer una escuela viva, activa, donde se diera una importancia primordial a la creatividad, donde a los niños se les permitiera y ayudara a desarrollar sus capacidades en libertad.

Una escuela donde hubiera libertad de conciencia. Quería una escuela donde tampoco a los padres se les impusieran determinadas enseñanzas... Inicialmente fueron veinte niños. Después el número creció y los chicos también crecieron. La experiencia fue preciosa”.

Esos eran sus sueños y esas sus aspiraciones. Recuerdo bien aquella experiencia; recuerdo el chalet del Viso y recuerdo a los niños pintando tirados por el suelo, riéndose en las aulas, defendiendo sus criterios ante el profesor. Para los alumnos era habitual verla cada mañana supervisando las clases. Además, el colegio siempre le dio libertad para hacer lo que quisiera y compatibilizar la enseñanza con otra de sus vocaciones: escribir. La enseñanza y la escritura eran sus dos grandes pasiones. Me atrevería a decir que más la primera que la segunda. En cualquier caso, no pudo nunca separar la una de la otra. Enmarcada en la Generación de los 50, su primera publicación había sido el libro de cuentos *A ninguna parte* aparecido en 1962. Tras la muerte de Ignacio, Josefina pasó diez años sin publicar ni escribir centrada en la docencia, hasta que en 1981 edita una edición crítica de una selección de cuentos de Ignacio y a partir de ahí continúa su actividad como escritora. En 1983 aparece el libro de memorias *Los niños de la guerra*. En 1990 publica la que será su obra de mayor éxito, *Historia de una maestra*, dedicada a su madre y que será el primer volumen de una trilogía compuesta por esta obra, *Mujeres de Negro* y *La fuerza del destino*. En el año 2004 obtiene el Premio de Castilla y León de las Letras.

Su libro, *Historia de una maestra* (Barcelona. Anagrama, 1991), basada en parte en la vida de su madre y en la obra que realizaron los maestros en los años de la República, se ha convertido en un referente para muchos educadores. En ella Josefina escribe y declara (como hacía siempre en sus libros trataran de lo que trataran ya fueran novelas, biografías o entrevistas) los principios fundamentales de su pedagogía: una mezcla de ideología y sentimiento; de razón y de valores morales. En ella describe con tristeza las amarguras de una maestra en los años previos y durante la guerra civil española; una historia de guerra, de amor, de pequeñas heroicidades cotidianas de dos maestros españoles en los años de la República; la historia sencilla pero terrible de una maestra de escuela de octubre de 1923 a julio de 1936. El libro está dedicado a su hija Susana y la protagonista, Gabriela, no es otra que su madre, una figura clave para entender los caminos pedagógicos que Josefina elegiría. A partir de la lectura de este libro cobran sentido muchas de las palabras pronunciadas en su vida profesional tales como Institución Libre de Enseñanza, Giner de los Ríos o Instituto Escuela. Josefina llevará a cabo el sueño de Gabriela de hacer una verdadera reforma en

la enseñanza, una reforma como aquella que intentó hacer la República con las misiones, la coeducación, etc.

Durante toda su vida compatibilizó la enseñanza con la escritura y pese al éxito literario, la escritora nunca pensó en dejar la actividad docente. En el año 2008 *El País* pregunta a 100 escritores españoles qué libros habían cambiado su vida y Josefina responde que *Anna Karenina* de León Tolstoi, *Madame Bovary* de Gustave Flaubert, *Los papeles póstumos del club Pickwick* de Dickens, *El Gatopardo* de Lampedusa, *La Regenta* de Clarín, *Una habitación propia* de Virginia Woolf, *La casa de la alegría* de Edith Wharton, *Música para camaleones* de Truman Capote (ella había traducido para *Revista Española*, dirigida por Ignacio Aldecoa, Rafael Sánchez Ferlosio y Alfonso Sastre, el primer cuento publicado en España de Truman Capote), *Las nieves del Kilimanjaro* de Hemingway y *Mi Antonia* de Willa Cather. Estas declaraciones abren una ventana hacia el interior de Josefina y descubre a sus lectores los caminos que la escritora había seguido literariamente para encontrarse a sí misma: literatura unida a unos valores que declaraba y quería inculcar a través de la enseñanza.

De Josefina Aldecoa recuerdo su pasión por la palabra, el espíritu de crítica y la necesidad constante de analizar cualquier situación. Todo lo que emerge de sus textos y que indica que la literatura y la enseñanza eran su razón de existir. Todos la conocen como editora, como escritora o como conferenciante, pero yo la conocí, fundamentalmente, como pedagoga. Para los que comenzábamos en aquellos años tan difíciles la tarea de enseñar, Josefina Aldecoa fue la mujer que simbolizaba las nuevas corrientes pedagógicas; la pionera a la hora de levantar una escuela de pequeños librepensadores. La enseñanza era para ella como un impulso natural de ayudar a la gente y había un tema que le preocupaba y comentaba con frecuencia: el problema de la consideración social del educador y la forma en que se ha pretendido revalorizar la profesión cambiando el término *maestro* por el de *profesor*. A ella le gustaba reivindicar la palabra “maestro” y afirmaba que los maestros eran la salvación del país.

“El problema de la consideración social del educador es un asunto que merece meditar. Y no sólo como teoría. En esto hay que tener en cuenta algo que he comentado con mucha frecuencia, y es la forma en que se ha pretendido revalorizar la profesión cambiando el término *maestro* por el de *profesor*. Sin embargo, a mí me gusta mucho reivindicar esa palabra, maestro, porque me parece nobilísima. Hasta tal punto que cuando se quiere hablar de los seres superiores, incluso coloquialmente, se habla de “maestro”, adjudicándole su verdadera categoría, hasta con mayúscula. Yo creo que esa palabra no se puede

cambiar por nada. Lo que ocurre es que aplicado ese término a los grados de enseñanza, por “maestro” siempre se ha entendido al responsable de los cursos de primaria. En la enseñanza secundaria ya se conceptúa habitualmente como “profesor”. No obstante, en la enseñanza universitaria se retoma y recupera el término: hay “maestros” de la Medicina o se habla de los grandes “maestros” del Derecho.

[...]

“Existen diversas formas de valorar el trabajo, la vocación. Una es la de contenido marcadamente económico. Desde el siglo XIX, se entiende que si alcanzas el éxito económico vales profesionalmente; si no lo consigues, te espera el correspondiente fracaso social y lo que eso implica. Es verdad que no se ha pagado al maestro lo que se debía, pero no es solamente esto lo problemático. En la historia de España, si se exceptúa el paréntesis de la República, este desprecio hacia el maestro como grupo ha sido una constante. Y si durante ese periodo concreto ocurre lo contrario y empieza a ensalzarse al maestro se debe fundamentalmente al hecho de que se pone en juego el concepto contrario y se piensa y se afirma que los maestros son la salvación del país, planteamiento que yo defiendo.”

Su pasión por la enseñanza la mantuvo al pie del cañón hasta el final de sus días. Pocos meses antes de que la enfermedad hiciera inevitable su retirada, era normal verla recorriendo las aulas y los pasillos del colegio que nunca quiso agrandar ni hacerlo diferente a como había sido en sus orígenes. El Colegio Estilo siempre fue el mismo, en el mismo lugar y con los mismos ideales pedagógicos. La última vez que entré en él para recoger a una de mis nietas, Josefina ya no estaba; llevaba meses retirada de la vida pública debido a su delicado estado de salud. Las aulas eran las mismas, los cuadros que colgaban de las paredes pintados por los alumnos, los mismos... El arte de los niños, su fuerza creadora, su representación del mundo llenaban aulas y pasillos. Y ella seguía allí, intacta, luchadora y guerrera, como siempre. Sentí entonces lo mismo que en aquellos años sesenta. Era como tenerla a ella cerca, oír su voz, sus quejas sobre el papel que debe realizar un maestro, sobre lo que era la verdadera educación, el verdadero educador.

Poco después supe que había muerto. Lo leí en la prensa una mañana de marzo del año 2011. Había fallecido en Las Magnolias, su casa próxima a Santander. La escritora tenía 85 años. Desde la lejanía recordé sus palabras sobre los fines fundamentales de la verdadera educación:

“...formar personas libres, independientes, responsables, críticas, con deseos de investigar, con deseos de hacer las cosas por sí mismas, con deseos de desarrollar su potencial humano: ciudadanos conscientes, razonables, solidarios y libres.”

Como lo que ella era. Como lo que ella había significado para todos nosotros.